

Académicos y periodistas

Leonardo Martínez Carrizales *

Hace más de un lustro que renuncié al mundo de las novedades editoriales, luego de haber sido disciplinado y, por instantes, entusiasta galeote en las filas de los reseñistas literarios. Desde la Generación del Crack hasta la fama súbita de los narradores del norte de México, he permanecido de espaldas al cotilleo del mercado editorial. A veces me entero de los saldos de este espectáculo; entre éstos, uno no ha dejado de sorprenderme: los reseñistas han cedido el paso a los universitarios.

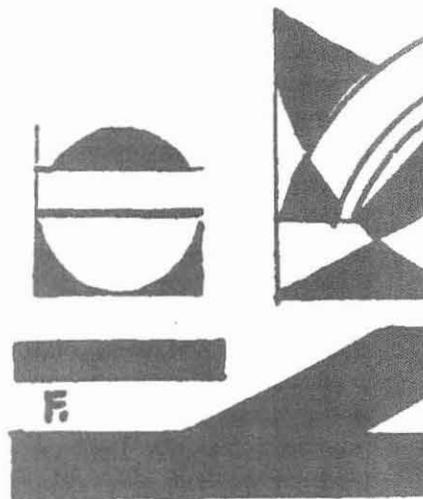
Muchos congresos, cursos y doctorados se han puesto al servicio de los valores promovidos por los grandes consorcios editoriales o por las encendidas pasiones periodísticas del momento: ya Chiapas, ya la frontera México-Estados Unidos, ya los estudios de género. Conozco el caso de quien se aparta del estudio de Victoriano Salado Álvarez (un hueso duro de roer en la historia del México del siglo XIX) para promover en París las puntadas de Paco Ignacio Taibo II; lamento el caso de quien abandona la obra de Bernardo Ortiz de Montellano por la celebración de Antonio Muñoz Molina. ¡Y cómo sería de otro modo, si el gran cartel de Taibo II y Muñoz Molina en nada puede compararse a las dificultades que ofrece la comprensión de Salado Álvarez y Ortiz de Montellano! En la convocatoria de un congreso internacional de literatura en la Universidad de Brown, los organizadores anunciaban con orgullo que, al lado de Carlos Fuentes, se examinaría la narrativa del Subcomandante Marcos. Y todos tan contentos mientras se asegure

el reparto de grados, direcciones de tesis, intervenciones en comisiones dictaminadoras, presupuestos y coloquios. ¡Y pensar que haya todavía quienes, al defender el acceso a su predio profesional, discriminen entre academia y periodismo literario!

Una revista especializada en literatura puede publicar, sin ofrecer ninguna explicación, el muy estimable adelanto de un estudio sobre José Joaquín Fernández de Lizardi encargado por la Biblioteca de Ayacucho, y un artículo sobre Enrique Serna que, pongamos por caso, José de la Colina o Huberto Batis hubieran rechazado en el ámbito del periodismo por superficial y deshilvanado. Entendámonos: no me inconformo ante el tema por el tema mismo, sino ante la desigualdad de los artículos. ¿Qué sentido tiene, entonces, la defensa celosa de las credenciales y las condiciones impuestas por la Universidad? ¿Dónde quedan los principios del mérito y la distinción intelectual sobre los cuales se radicó la institución universitaria?

Unos me responden que los discursos universitarios tienen que renovarse, abandonando posiciones tradicionales y conservadoras; otros me dicen que el respeto por la libertad intelectual en la universidad está por encima de cualquiera de los riesgos que aquella engendra. Bien, a los primeros les digo que la renovación en las materias de estudio no ha traído consigo nuevas formas de lectura crítica; a los otros respondo que la libertad de enseñanza e investigación no anula en los universitarios la obligación de ser congruentes y responsables. Sobre todo cuando la labor de estos universitarios es sufragada por medio de recursos públicos y debiera estar sujeta a escrutinio.

* Escritor y crítico literario



Las más recientes actitudes críticas en el campo universitario responden en cierta medida a presiones de carácter político y económico. En un pequeño congreso dedicado al cuento mexicano, los intérpretes de la narrativa de Eduardo Antonio Parra me dieron una pauta de las "nuevas orientaciones críticas": probar mediante citas abundantes, descripciones de personajes y resúmenes de argumentos los puntos más significativos en la agenda de estudios de los sociólogos y los politólogos. Y mientras tanto, las facultades de la vieja tribu de los lectores especializados en literatura se pierden poco a poco. En las aulas de la universidad, el joven profesor ya no es capaz de distinguir, explicar y llamar por su nombre los recursos retóricos empleados por Fernández de Lizardi; en cambio, es capaz de identificar a este hombre de letras con la multitud de los desposeídos y los desclasados que hace las delicias de la izquierda *light* de

El origen de la cultura electrónica

Sergio González Rodríguez *

Desde Nortec hasta Loveparade, desde los primeros DJ y VJ en los bares capitalinos hasta la venta de sintetizadores, teclados, samplers y tornamesas en la calle de Bolívar del centro capitalino, desde las experimentaciones tecnomusicales de garage hasta el festival de música electrónica culta del mes pasado, desde las miles de horas-oído que los fanáticos han invertido en tal tendencia hasta el *slogan* que dice lo *tecnos fusión*, tengo la hipótesis de que la cultura electrónica llegó a México el día en que un muchacho cayó víctima de un rayo con una potencia infinita de *kilowatts* en una de las "islas" de Ciudad Universitaria.

Antes de narrar el infortunio de la víctima, apuntaré que mi hipótesis, mala o buena en sí —sólo el tiempo lo dirá—, es otro signo más de la generalizada manía que los egresados de la UNAM tenemos de centralizar el cosmos, la vía láctea, el sistema solar, el planeta Tierra, la Historia, el Futuro, la Metafísica, el fútbol o las mujeres, además del propio género humano desde el origen de la especie hasta el día de ayer, en torno de la propia UNAM. Esta es mi modesta aportación a dicha manía.

Así como se dice que los periodistas, los japoneses workcoholics o los priistas de tiempo completo carecen de vida privada de tanto que se clavan en su rollo, los universitarios todo lo explicamos en función de la UNAM.

Antes de contar el infortunio de la víctima aquella de un rayo, y antes aun de ampliar mis reflexiones sobre el unamcentrismo en tanto patología, me

siento obligado a contar una anécdota: años atrás fui a pedir trabajo en un medio comunicativo que dirigía un disciplinado y entusiasta militante del *ancien régime*, quien me ofreció —y se lo agradezco— una gran oportunidad que rechacé de inmediato.

Se trataba de hacer mucho con nada: salario insignificante (era lo que había), nulos recursos, hartas promesas, grilla a granel y, eso sí, el orgullo de trabajar para una institución cuyo prestigio se ostentaba en la posesión de una "charola" auténtica. Nada de baratijas: una verdadera credencial de periodista que serviría —dijo entre bromas mi imposible director— incluso para "extorsionar puesteras ambulantes".

¡Ah Chihuahua!, me dije a mí mismo: extorsionar puesteras ambulantes... extorsionar puesteras ambulantes... extorsionar puesteras ambulantes... repetí como si fuese una salmodia oriental. "No, me temo que no me atrae el trabajo", le dije a mi decepcionado interlocutor. Para no ser tan descortés, añadí: "¿A qué horas te encuentro para llamarte en una semana, y decirte mi respuesta definitiva?" Replicó, impertérrito: "Yo estoy aquí las 24 horas del día".

¡!!!¿Las 24 horas?!!!, pensé. Entonces, como un relámpago, tuve una intuición: el día que sepas responder ese tipo de cosas, estás perdido. Jamás seré —gracias a Dios— ni un japonés workcoholic, tampoco priista —mucho menos de tiempo completo—, aunque sí funjo algunas horas como periodista cada semana —con bastante vida privada. ¡!!!¿Las 24 horas?!!! "mis huevos qué", dije entre dientes al salir —como digo ahora. Claro, aquel enjundioso políti-

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista



nuestra ciudad, con casas de descanso en Valle y toda clase de pensiones institucionales.

Se habla mucho de la pérdida de atributos intelectuales entre los estudiantes universitarios; en cambio, disimulamos el empobrecimiento del capital intelectual de nuestros profesores y de nuestros investigadores. ¡Lástima! Ernesto Mejía Sánchez ya no volverá a dictar cátedra sobre Darío. Y con ello, pierde Darío, pierden nuestros alumnos y perdemos todos. ¿Alcanzo a explicarme? No escribo aquí un elogio del pasado por el pasado en sí; escribo un treno por los bienes intelectuales dilapidados gracias a las nuevas reglas del juego. Quien piense que fustiga a trasmano a algún colega, se equivoca: lamenta nuestra suerte común. De seguir así las cosas, la universidad perderá su razón de ser en el cuadro de nuestras instituciones dedicadas a la preservación y el estudio de nuestro patrimonio literario. *